

ALFAGUARA



Gabi Martínez

Voy

Elsa

Si me interesa especialmente el viaje de su exmarido a Italia, es porque fue el primero de varios días de duración que hizo con usted. Tiene algo de viaje original, de principio de muchas cosas.

Él ya había hecho viajes solo, el principio de todas esas cosas lo encontrarás en sus notas.

El problema es que no tengo acceso a la mayoría de ellas. Por eso, como le comenté por e-mail, intento reunir toda la información posible sobre él a través de la gente que alguna vez le acompañó en un viaje.

Y con eso quieres escribir un libro.

Sí. Y, quizá, emprender su búsqueda. Los datos que me den sus compañeros me podrían ayudar a deducir sus movimientos.

No me vengas con tonterías, esto no es un juego. Pronto hará un año sin noticias de él. Con toda la tecnología y los medios de comunicación actuales..., después de un año, o está muerto o no quiere que lo encuentren. Si resulta que está vivo y cumples tu idea con éxito, ver-te no le va a hacer ninguna gracia.

Por cómo habla, cualquiera diría que no quiere que lo encuentren.

(Silencio.)

Has venido para hablar de Italia, ¿no? No sé si voy a poder ayudarte mucho. He compartido dieciocho años de viajes con él, podría contar con detalle historias de Malta, Croacia, Azores, Shanghái, Nueva York..., pero Italia queda ya muy lejos... Me acuerdo de instantes, sensaciones... Fue un viaje en tren. Ha habido muchos trenes. No sé, ¿por dónde empiezo?

¿Habían hecho algún viaje tan largo antes?

Cuando nos escapamos a León un fin de semana para celebrar los carnavales. Fue una paliza, toda la noche en uno de aquellos trastos lentísimos. Aunque sabíamos entretenernos. Pasamos un buen rato imaginando qué haríamos con los disfraces que llevábamos en las mochilas. Creo que eran de romanos, al menos recuerdo túnicas y una especie de peto. La cuestión es que a base de fantasear terminamos haciendo el amor en el lavabo. Era todo emocionante. ¿Qué teníamos: diecinueve, veinte años? Y mis padres pensando que estaba con una amiga, como en las películas malas. En aquella época estaba harta de la presión en casa, sentía que mis padres no tenían en cuenta mis deseos y la Navidad anterior había ocurrido algo que me hizo ver claro que debía empezar a tomar iniciativas por mi cuenta.

Gabi vino a casa para regalarme un cachorro de perro, pero mis padres no dejaron ni que traspasara la puerta. Se quedó ahí, en el umbral, con el perro en brazos escuchando a mi padre decir que no podíamos aceptarlo debido a los problemas nerviosos de mi madre. Yo seguía la conversación desde el final del pasillo porque me obligaron a quedarme dentro; era una charla entre hombres. Ahora lo pienso y me parece muy sensato el rechazo de mis padres, un piso urbano no es lugar para animales de cierto tamaño, pero en aquel momento me dolió, aunque a Gabi le afectó aún más. Él siempre había tenido perro en casa y los consideraba compañeros naturales de las personas, alguien más de la familia. Creía que te ayudaban a ser mejor y por eso aquel regalo tenía un significado importante para él. Lo compró con los pocos ahorros que guardaba y había dedicado mucho tiempo y mucha ilusión a conseguir el perro.

Le costó digerir la negativa, aunque nadie lo habría dicho mirándole a la cara. Encajó el discurso quieto en el umbral. Desde el final del pasillo veía a Gabi alternando las miradas al perro y a mi padre. Al perro y a mi padre. Frío, sin abrir la boca.

—Muy bien —fue lo único que dijo antes de despedirse.

O sea que la escapada a León fue una especie de venganza.

Eres un poco atrevido con tus comentarios.

Pero es así, ¿no?

Te equivocas. Al menos por mi parte, te equivocas. Yo necesitaba algo tan común como salir, ver otras cosas, saber que podía arreglármelas lejos de casa. Mis padres eran los que me impedían hacerlo, y eso me predispuso en su contra durante una temporada. Una historia vulgar. A mis hermanos y a mí nos educaron al viejo estilo, con horarios rígidos para volver de fiesta, obligados a dar siempre la razón a los mayores, estudiar disciplinadamente con la idea de conseguir un trabajo fijo lo antes posible... Todo muy como-debe-ser. Mi familia es conservadora. Mi padre era un publicista hecho a sí mismo que pasó de crecer en una familia muy modesta a diseñar campañas comiendo con grandes ejecutivos en Au Pied de Cochon de París, y tenía el anhelo de que sus hijos siguieran escalando peldaños en la cadena social. De modo que la irrupción de aquel aprendiz de periodista con pésimo gusto para elegir una ropa que además muchas veces era obviamente de segunda mano no fue la mejor de las noticias. No me expresaron su desagrado, pero desde luego que entre las opciones imaginadas el perfil de Gabi no estaba. Normal. Por si fuera poco, cuando alguna vez se encontraron, Gabi se mostró correcto pero..., cómo decirlo..., soberbio. Si se sentía incómodo por lo que fuera o percibía que no era bien recibido, se convertía en el mudito orgulloso, y ése fue el papel que adoptó con mis padres. Callaba mucho mientras lo miraba todo y por eso inquietaba a la gente de alrededor, incluso a su familia. Era de ese tipo de personas del que puedes pensar que son idiotas, antisociales... o, bueno, si te gusta, decides que tienen un increíble mundo inte-

rior y por eso les cuesta relacionarse. Yo escogí la última opción, claro, me había enamorado de él.

Lo del amor fue rápido. Me gustaba, quiero decir que me parecía atractivo, y cuando hablábamos..., no sé... Creo que sobre todo me atrajo su ambición, la idea de romper con todo que transmitía y que entonces me parecía tan sugerente... No sabía muy bien qué quería hacer, pero buscaba salirse de lo esperado. Por ejemplo, como no se conformaba con una cama para el sexo, lo hicimos varias veces escondidos en jardines públicos, en edificios a medio construir, en vestíbulos de porterías, en el rompeolas, en descampados, yo qué sé... Lo inusual le hacía sentir bien y cuando propuso escapar a León lo interpreté como un paso lógico de nuestro noviazgo. Dos chicos jóvenes se las apañan para pasar un fin de semana a solas. No hubo más que eso en la aventura de León. Es muy retorcido pensar que fue una revancha..., no me lo había planteado hasta ahora. ¿Cuánto hace que trabajas como periodista?

Cuatro años.

Eres chileno, ¿verdad?

Tiene buen oído.

El primer jefe de Gabi fue un chileno y tengo ese acento clavado. Durante dos años, su voz estuvo en todas partes, la oía cuando menos lo esperaba, cuando no quería oírla. Su jodida voz.

¿Cómo se llamaba ese periodista?

Mateo. Fue el último reportero que entrevistó a Salvador Allende. Lo hizo mientras el presidente se defendía en el Palacio de la Moneda, creo que aún tiene metralla incrustada de aquel tiroteo. Pero ¿tú no has venido a hablar de Italia?

*No importa. Creo que esto puede ayudarme.
¿Puede contar algo más sobre ese hombre?*

No me hace mucha gracia... No sé cuántos años hará que no pensaba en él, pero es mencionar su nombre y sentirme incómoda otra vez. De todas formas, la historia de Mateo es buena, de las que merecen ser contadas. Era un exiliado. Después del golpe de Estado en Chile pasó cerca de veinte años viviendo en el extranjero, y poco antes de recibir el permiso para volver a su país se instaló en Barcelona, se enamoró de la ciudad y montó un diario en Els Quatre Gats, ese restaurante donde se reunían Picasso, Ramon Casas y muchos pintores modernistas. El restaurante aceptó financiar un periódico que ofreciera informaciones culturales e incluyera el menú del día en la contraportada. Hay que reconocer que fue una idea brillante. Gabi acababa de volver del servicio militar y estaba ansioso por retomar los estudios de periodismo y, sobre todo, por hacer algo útil después de un año obedeciendo órdenes, así que...

He leído en alguna parte que fue bibliotecario del ejército.

En Huesca. Su brigada se encargaba de los servicios del cuartel, también de las guardias. Cada mañana salía a correr, se puso tan en forma que fue seleccionado para competir en los cien metros en los campeonatos nacionales de atletismo entre cuarteles. El resto de la jornada leía. Lo de mantener en forma cuerpo y cabeza durante un año le marcó, y desde entonces durante toda su vida ha intentado cuidar ese equilibrio... Pero a lo que iba: *Quatre Gats Diari*. El diario lo dirigía Mateo y lo diseñaba una chica unos veinte años más joven a la que Mateo se follaba y explotaba sin miramientos. El despacho era la casa de Mateo, en una callejuela infecta del Borne, y ahí tenía una impresora de gama alta que le permitía sacar unos mil ejemplares del periódico por hora. Era lo que solían publicar, mil ejemplares, excepto los días que visitaba el restaurante una reina o un político y hacían un DIN A3 en lugar del típico DIN A4. El día que charlaron con Octavio Paz lanzaron una edición especial de ocho folios y tiraron cuatro mil ejemplares.

Cuatro mil ejemplares son muchos. Dice que la impresora era de gama alta...

Supongo que Mateo la pudo comprar con los ahorros que guardaba de su época de periodista estelar en Chile. Por lo visto, allí era un reportero muy prestigioso, quizá el más popular del país, y en sus años dorados juntó un buen montón de dinero. De

cualquier forma, el *Quatre Gats* daba un trabajo enorme. Dos personas no bastaban para lanzarlo, y fue entonces cuando se asomó Gabi dispuesto a trabajar a destajo, el tiempo que hiciera falta y aceptando como pago comer cada día en el restaurante. Ése era su sueldo. La comida.

—Está bien que te paguen con comida, pero deberías pedir algo más —le dije cuando me lo contó.

Él estaba orgulloso después de ver su firma en letra impresa por primera vez y ni siquiera iba a discutir por la minucia del dinero.

—Mira —dijo, y me enseñó una acreditación casera donde se leía en letras enormes: PRENSA—. Con esto me voy a colar en todas partes. Voy a tener acceso a todo.

Y fue verdad. Igual iba a un concierto que asistía a una rueda de prensa de un escritor de relumbrón, aunque el primer acto oficial al que acudió acreditado fue a la comida de prensa donde presentaban una expedición que iba a dedicar un año a cruzar América de punta a punta. Volvió entusiasmado. Le impresionó el director de la expedición, un tipo alto, guapo, fuerte, el símbolo del aventurero.

—Con ese cuerpo no podía ser otra cosa —me dijo.

Pensé que él quería ser alguien así, que envidiaba a aquel viajero, y percibí tan intenso su deseo de imitarle que me irritó. No me había pasado antes, aunque hablaba de viajes y expediciones cada dos por tres, siempre imaginando escapadas a Mongolia, Sudán, Nueva York... Pero al escuchar cómo hablaba de aquel hombre..., no sé..., por primera vez vi en el viaje a una especie de rival. ¿Cuánto le importaba yo si estaba

pensando todo el tiempo en largarse? Teníamos veintiún años, yo había encontrado un empleo decentemente pagado coordinando grupos de personal en una buena empresa y aunque seguía estudiando Publicidad, empecé a calcular cuándo podría marcharme de casa. Y marcharme quería decir marcharme con él..., pero Gabi no tenía dinero ni perspectivas de ganarlo. Tenía ilusión, eso sí. No sabía muy bien por qué, hacia dónde enfocarla, pero ilusión le sobraba. Aunque, si debía guiarme por las reacciones, sus ilusiones no coincidían del todo con las mías. Más bien me daba motivos para pensar que en el momento en que consiguiera reunir un poco de dinero lo iba a invertir en cualquiera de sus historias en lugar de irse a vivir conmigo.

Menuda trampa, la ilusión. Por una parte, te empuja, es un motor, una luz fascinante. Pero esa luz se va consumiendo, y como no encuentres pronto la forma de mantenerla encendida, su desaparición te puede hundir. Y entonces te pasas los restos viviendo en el recuerdo de lo que pudo ser, de lo que no se cumplió... Pero es que su ilusión era contagiosa, me arrasaba con ella. Yo misma me preguntaba a veces por qué le seguía.

Bueno, el amor...

Lo mitificaba. Desde el principio fue así. Creí en él de una forma desmesurada, aunque supongo que no se puede creer de otra forma. Construí mi propio mito y supongo que eso me ayudó a relativizar sus desprecios, a intentar comprenderle como nadie más ha hecho ni hará. Dieciocho años con él. Nadie lo va a cono-

cer mejor que yo. No importa que otra pase a su lado más años porque yo sé de dónde viene, cómo era, y en qué se convirtió. Y lo hice mito, sí. Ahora casi me río, pero sólo quien mitifica ama, y yo lo hice. Sólo eso explica que no rompiéramos durante los dos años horribles que trabajó con Mateo. Y no exagero. ¿Conoces la sensación de estar con alguien que no está? Él iba a lo suyo. Adaptó la disciplina del ejército a la de su día a día, y se concentró en el objetivo de aprender a escribir.

Aún vivía con sus padres, así que se levantaba a las seis para hacer *footing*, también en invierno, desayunaba, iba a imprimir el periódico, lo repartía él mismo en la calle, comía en el restaurante, salía a buscar noticias, las escribía, y si le sobraba un rato, quizá me llamaba. Incluso los fines de semana salía a buscar noticias o a charlar con Mateo, que se convirtió en una especie de gurú para él. Gabi estaba obnubilado con su trayectoria, con sus historias espectaculares. Mateo le contaba cómo se había hecho encarcelar durante la dictadura de Pinochet para escribir una serie sobre la cárcel por dentro, o que Truman Capote le agarró del paquete cuando se conocieron en Miami. Sabía cómo ganarse a un chaval hambriento de experiencias, con ganas de todo. El colmo fue la noche en la que llegó hablándome de la familia de aquel infeliz.

—Mateo dice que le recuerdo mucho al hijo que tiene en Chile.

—Y qué quiere, ¿adoptarte? —se quedó callado, no le gustó mi hostilidad—. No me parece el padre ideal. Su mujer no quiere ni verle, será por algo.

—Pasó muchos años fuera de Chile, es lógico que se divorcieran.

—¿Y por qué no se fue con él al exilio?

Ahí tampoco supo qué responder. Da igual, porque siempre se lo montaba para excusarle. Era consciente de que había algo oscuro en Mateo, pero le costaba ceder ante mí. Yo pertenecía al universo de los que no comprendían, de la gente vulgar, los normales sin más aspiración que trabajar-comer-ver la tele-celebrar las fiestas de guardar en familia, mientras que Mateo le abría las puertas del gran mundo. Le hacía pensar en viajes, en periodismo de investigación, en poesía, porque aquel desgraciado tenía a Neruda en la boca cada dos por tres.

—Me ha dicho que intente entender a mis padres pero que sea consciente de que ellos han contado con los medios que han contado y no llegarán más lejos de donde han llegado. Dice que un día deberé elegir entre el mundo que ellos me proponen y el que yo quiero. Y que no puedo tardar en hacerlo.

No lo podía creer. El muy cabrón quería ocupar el lugar de su padre. ¡Quería adoptarlo de verdad!

—¿Qué le has respondido? —pregunté.

—Yo escucho. No digo nada. Muchas veces le dejo que hable, puede pasarse media hora hablando sin parar.

—Y aún te parecerá lógico lo que dice, claro.

—En algunas cosas tiene razón...

¿Razón? ¿En qué cosas tenía razón? ¿En que los que se habían roto la espalda por criarle eran un pintor y un ama de casa condenados a no prosperar y por eso debía alejarse de ellos? ¿En que debía abandonar a la pareja que le había apoyado enviándole hasta tres cartas por semana durante aquel año asqueroso encerrado en el cuartel? Gabi no me lo iba a expresar así, pero yo sabía que Mateo le estaba animando a dejarme.

Le decía que no se acomodara en la relación, que tenía mucho por vivir, mujeres por probar, que debía desprenderse de los lastres para disfrutar del mundo a fondo, y toda esa retórica tan barata pero eficaz a cierta edad. Gabi no me dijo nunca todo esto, quiero decir que no me lo dijo de una forma tan directa, pero cuando alguna vez coincidíamos en cualquier acto los tres, podía notar la tensión de Mateo, su desagrado porque yo estaba cerca. La boca se le torcía al sonreír, no era bueno fingiendo... Al menos eso lo hacía un poco más humano.

La frustración por el fracaso de su matrimonio y por haber destrozado su vida sentimental a cambio de ser un gran periodista le había convertido en un resentido que no quería reconocer el desastre de su modelo y por eso aspiraba a eternizarlo: debía encontrar un heredero, alguien que hiciera las cosas tan lamentablemente como él, y había decidido que al fin lo tenía. Quería engullir a mi amor, llevárselo con él a sus jodidas cavernas llenas de lucecitas que decían éxito, fama, dinero. Pero yo no lo iba a permitir. De todas formas, me preguntaba cómo Gabi podía ser tan torpe y ciego, tan maleable. Cómo alguien a quien consideraba despierto y que a menudo me estimulaba con ideas y asociaciones originales se estaba dejando apartar de sus afectos por un recién llegado.

No podía creer que compartiera las ambiciones de su jefe, sus delirios de grandeza, y preferí atribuir el distanciamiento entre nosotros a su pésimo olfato para deducir las intenciones últimas de las personas, supongo que porque ni siquiera sabía cuáles eran las suyas. Cargaba tantas dudas e inseguridades que la intuición no le funcionaba en la vida social, y por eso le

resultaba difícilísimo juzgar a un extraño, dar una opinión sobre alguien desconocido. Las cosas eran así pero podían ser así. Si alguien te daba una puñalada por la espalda, debías pensar qué razones le habían impulsado a hacerlo. Ese tipo de persona era. Por lo tanto, no sabía muy bien cómo comportarse con nadie a no ser que estuviera en familia o con sus amigos de toda la vida. Lo sacabas de su micromundo y se encogía. Fuera de su barrio le costaba hasta hablar. La oreja y la vista las tendría finas, pero la lengua... Y por si fuera poco, esa temporada sufrió un acné espectacular que le dejó la cara hecha un mapa. Te aseguro que tenías que estar muy enamorada para no dar importancia a aquel engrudo. El caso es que yo lo estaba. Pero si él ya era un saco de complejos, los granos vinieron a replegarle aún más. Se miraba de refilón en los escaparates, en los vidrios de los portales, y empezó a hacer comentarios sobre la calidad de la piel de personas con las que nos cruzábamos. Eliminó de su dieta casi todos los alimentos que no fueran fruta o verdura, y ni eso, porque las berenjenas y los plátanos tampoco los quería cerca, así que dejó de comer cualquier cosa que pudiera parecerle capaz de empeorar el acné. Se obsesionó con su aspecto y más de una vez se negó a ir de paseo o a fiestas para que no le vieran. Era lo que me faltaba. Nos veíamos con cuentagotas, y cuando al fin quedábamos encima se negaba a salir conmigo a la calle. Nos limitábamos a una dieta de ver películas y hacer sexo.

—Soy un monstruo —me dijo una tarde mientras escuchábamos música desnudos en su cama. Sus padres aún iban a tardar un par de horas en volver a casa.

—Qué dices. Eres el más atractivo de los chicos que conozco.

—No hace falta que mientas.

—No lo hago, a mí me lo pareces. ¿Por qué no debería pensar que mi chico es el más sexy?

—Porque tienes ojos en la cara.

—Si fuera al contrario, ¿tú no me dirías que soy la más guapa del mundo?

Joder, por qué tenía que hacerle esa clase de preguntas.

—Tampoco te lo digo ahora —respondió.

Y era verdad. Nos quedamos un rato callados. Deseaba decirle muchas cosas, ponerlo en su sitio, pero preferí no herirle. Ya ves, con sus silencios él podía hacerme polvo pero yo prefería no herirle, achacando sus desplantes al estrés que soportaba en el trabajo, intentando comprender lo duro que debía resultarle enfrentarse al espejo cada día. Le disculpaba, siempre le disculpaba. Cómo son las cosas. A qué niveles de imbecilidad te puede reducir el amor. Además, manejaba las discusiones mejor que yo, y con el poco tiempo que teníamos para disfrutar juntos no tenía ganas de perderlo en una bronca ni de enfadarme, o al final él terminaría asociando mi presencia a momentos de mal humor y ahí acabaría todo.

—¿Vamos a cenar a algún sitio? —le dije con voz dulce. Con él aprendí a ser diplomática. Oh, sí, la reina del *savoir-faire*.

—No tenemos dinero para cenar fuera.

—Va, una hamburguesa..., un frankfurt... o hacemos un chocolate con churros que nos sirva de merienda cena, hay que recuperar energías.

—¿Por qué no piensas dos segundos antes de hablar?

Eso me respondió. Sus putos dos segundos. El señor racional. Don comedido. La sensatez en persona. Según él, si hubiera pensado dos segundos, me habría dado cuenta de que todas las comidas que había propuesto eran ideales para multiplicar sus granos.

Así de receptivo estuvo aquella temporada..., casi dos años. Durante los dos años que trabajó con Mateo le vi muy poco, mucho menos de lo que hubiera deseado. Sentí de una manera demasiado dolorosa que yo no le hacía falta. Puso su trabajo por delante de mí, por delante de todo en realidad, y cuando quedaba conmigo era como para hacerme un favor, por cumplir el trámite de estar con la novia y, eso sí, para acostarnos. Ahí nos reconciliábamos siempre, era nuestra poción mágica. Sólo se entregaba por entero en el sexo y en la escritura. Ah, y en el fútbol, perdón, el fútbol. Nunca ha dejado de seguirlo y de jugarlo. Precisamente en el primer año con Mateo, el Barça ganó su primera Copa de Europa, y por muy cultural que fuese el *Quatre Gats Diari*, dedicaron varios números a la preparación de la final y, luego, a la celebración de la victoria. Sexo, fútbol y literatura. Todo gratis, por cierto.

Quiere decir periodismo.

No, no: literatura. Él nunca pensó que hacía periodismo, o no sólo periodismo.

Pero eso fue lo que estudió.

Fue la mejor alternativa que encontró para vivir de la escritura, porque al matricularse en la universidad ya tenía claro hacia dónde quería dirigir su vida, tuvo esa suerte. Su objetivo iba a ser la creación. Había visto montones de películas en el videoclub que regentaban sus padres...

¿Videoclub? ¿No ha dicho que el padre era pintor?

Sí, sí, pero además de la pintura gestionaron un videoclub de barrio varios años. En fin, que veía muchas películas y había leído bastante, así que las dos opciones más naturales para él eran el cine y la literatura. Por entonces, estudiar y hacer cine implicaba desembolsar un dinero del que no disponía, mientras que con una libreta y un boli podía arrancar de inmediato la carrera literaria. Y eso hizo.

¿Por qué no estudió filología?

Supongo que las hormonas también cuentan. Necesitaba acción, exteriores, llegar a las historias del modo más directo posible. El periodismo le permitía creerse las historias de otra manera y le proporcionaba material que después su imaginación ya se encargaría de moldear. En cualquier caso, se tomó el periodismo como un campo de prácticas hacia su futuro como escritor. Aunque también es verdad que si no hubiera obtenido el suficiente placer del periodismo,

lo habría abandonado, estoy segura. Sólo le interesaba lo que le reportara placer y le permitiera olvidarse de las obligaciones y preocupaciones diarias. Al escribir se iba del mundo exterior, como si desconectara un enchufe. Se concentraba en comunicarse consigo mismo convirtiéndose en espectador de lo demás. La gran aspiración de un espectador es que alguien actúe para él, que le aporte novedades, conocimientos, y Mateo actuaba como su *showman* privado, y lo hacía muy bien. Saciaba sus apetitos de entonces. Lo que pasa es que Gabi lo eligió como único interlocutor. Comunicarse con cualquier otra persona se le volvió farragoso, no estaba a gusto si no era trabajando. Era ultrainfluenciable, y Mateo lo aprovechó para lobotomizarlo. Supo cómo darle lo que quería, y él cayó como un pardillo.

Hablamos de cuestiones exclusivamente intelectuales, ¿no?

Qué insinúas. No creía que fueras uno de esos morbosos. Te acabo de decir que conmigo siguió siendo el mismo. Además, ¿por qué preguntas esas cosas? No creo que sean informaciones necesarias para buscar a alguien en Nueva Zelanda.

Disculpe, pero su exmarido dijo en varias ocasiones que sólo cuando accedemos a la relación de una persona con el sexo y el dinero tenemos un atisbo de su verdadera historia.

En los e-mails dijiste que te ibas a centrar en la faceta viajera de Gabi y que tú mismo querías trabajar

un libro de ese estilo. De hecho, no sé por qué llevo tanto tiempo hablando de algo que no tiene nada que ver. No recuerdo ningún buen libro de viaje que haya prestado atención a los episodios sexuales de sus autores. Los viajeros de verdad tienden a reservar sus energías para lo que importa: el viaje. Así que vamos acabando con esto.

¿Le importa terminar la historia de Mateo antes de pasar a Italia?

Pues no acaba bien, no podía acabar bien. La naturaleza manipuladora de aquel hombre le llevó a someter a la chica con la que estaba liado. Hasta que se cansó de humillarla y le quiso dar la patada. Ya te he dicho que ella era mucho más joven, soportó mal los rechazos de su veterano amante e intentó suicidarse. Eso despertó a Gabi. Comprendió que había vidas literalmente en juego. Se identificó con algunos de los sentimientos de dependencia de la chica y vislumbró en qué podía desembocar esa brutal tensión que le había llevado incluso a cuestionar a su familia y que estaba reventando su cabeza. Por si fuera poco, aunque después de año y medio Mateo había comenzado a pagarle un pequeño sueldo, Gabi se sentía injustamente remunerado. Creía que el valor de su trabajo ya estaba muy por encima de lo que cobraba, empezó a enfrentarse a Mateo y, claro, no duraron mucho más.

Muchas gracias. Entonces, seguimos: ustedes continúan su relación. Gabi encuentra trabajo en una revis-

ta mientras estudia y colabora con varios medios como freelance. Se van a vivir a un ático de Hospitalet...

... porque yo lo saqué de casa de sus padres. Él estaba muy cómodo con su madre haciéndole la colada, poniéndole la cena cada día... Me daba tantas largas a lo de empezar a vivir juntos que un día le dije: mira, yo me voy, tú haz lo que te dé la gana. Estuve tres días sola arreglando la casa hasta que apareció. Las primeras semanas se movía por el piso como si no fuera su casa, aunque ya tenía sus libros y sus cosas allí. Lo dejaba todo en su sitio, se quedaba mirando el balcón o las paredes como si fuera un invitado. Acentuó su aire melancólico y encontró su lugar en el ala más aislada de la casa, donde situó su despacho, en plan fortaleza. Yo lo veía desde la ventana de la cocina. Pasaba horas encerrado, escribiendo. Sobre todo escribía. Como un eremita o un monje. Salía para comer, para cenar... Pero es que yo no era su madre. Conmigo tenía que hablar, a ver si se enteraba. Las desconexiones metafísicas no van conmigo, yo soy muy terrenal, creo que se me nota. Al pan, pan. Tuvimos una discusión fuerte sobre eso y lo entendió. Aparte de que, a su manera, las crisis le gustaban, y a veces forzaba la máquina hasta desencadenarlas para así verse obligado a cambiar o proponer soluciones. No es que le hicieran feliz, pero le disparaban las ideas, le obligaban a buscar salidas, y como de algún modo encontró la adecuada para vivir en casa, se fue relajando y empezó a disfrutar.

Pasamos un año juntos. Un muy buen año. Aunque él siempre había dicho que no se iba a casar, cuando vio que la convivencia funcionaba y que mis

padres no dejaban de presionarme con lo del matrimonio, y... Bueno..., asimiló que a mí la boda me hacía auténtica ilusión, tomó la iniciativa.

—Siempre he dicho que el matrimonio me daba igual. Como realmente es así y veo que esta situación trae más problemas que otra cosa y a ti te preocupa, si quieres nos podemos casar.

Así me lo dijo. Volvíamos de pasar un día en la playa, camino del metro. Es una manera un poco decepcionante de proponer matrimonio, pero me hizo tanta ilusión...

(Silencio. Elsa se pasa una mano por los ojos. Se masajea los párpados con las yemas de los dedos unos segundos.)

Qué capullo... Buscamos fecha para la boda en octubre después de que yo aceptara sus condiciones: sería una ceremonia rápida en el juzgado. Asistirían sus padres, los míos y mis abuelos paternos, los únicos que continuaban vivos. El resto de amigos y familiares se enteraría más tarde. Lo celebraríamos por adelantado con un viaje a Italia, aprovechando las vacaciones de verano. No había dinero, así que compramos dos bonos de Interrail y él diseñó una ruta siguiendo la línea de ferrocarriles italiana.

¿La diseñó solo?

Sí, se encargaba de planificar los viajes, se encargó siempre. A mí no me importaba adónde ir mientras fuera con él. Yo dominaba muy bien mi espacio, el ho-

gar, las cuestiones domésticas, y no me costó delegar la responsabilidad del viaje. Preparar un viaje exige algún tiempo y me parecía justo que ahí Gabi tomara el protagonismo que le faltaba en la casa. Además, se le veía radiante cuando imaginaba lo que íbamos a hacer. Recuerdo lo rápido que hablaba el día en que me mostró el recorrido que había pensado. Al volver del trabajo me recibió eufórico, o lo más cerca que él podía estar de ese sentimiento. No paraba de agitar el papel donde había tomado las notas.

—He leído la guía de un tirón y ya tengo las ciudades donde vamos a parar.

Me quedé mirándole. No me estaba consultando si me parecían bien sus elecciones, simplemente había trazado un itinerario ideal y me lo anunciaba. Pero estaba contento, sonreía de una manera limpia, poco habitual en él, una sonrisa tan genuina que me hizo sonreír a mí.

—A ver —le dije—. ¿Me lo enseñas sobre el mapa?

Abrió la guía por la página del mapa general y con un dedo siguió la costa francesa, señaló Génova, donde había un cementerio que no se quería perder... Yo alternaba los vistazos al mapa y a él. En casa era un incompetente. Era dejado, olvidadizo, no le gustaba cocinar, no sugería un puñetero cambio ni encontraba el momento de pegar un zócalo que estaba suelto desde hacía mil años, y lo único que hacía sin refunfuñar era la compra y fregar los platos porque aprovechaba ese rato para descansar la vista después de pasar varias horas frente al ordenador. Ni siquiera sabía administrar el poco dinero que ganaba. Una vez le encontré en el bolsillo de una chaqueta un cheque que había caducado.

¡Con lo justos que íbamos de dinero y se olvidaba de cobrar los cheques! Pero delante del mapa podías percibir su vibración, como si ahí volcara la energía que reservaba en todo lo demás. Esa fuerza, el convencimiento de que iba a pasarlo bien, me infundió una seguridad que borró cualquier duda. Mi ecuación fue: yo controlo mi casa, él entiende el exterior. Y así me relajé para confiar en sus prestaciones como guía. Para entonces, Gabi ya había hecho varios viajes más o menos largos por su cuenta o con Jose, un sevillano muy amigo suyo, y explicaba historias bastante alucinantes que a mis ojos le ponían por encima de... En fin, que me había hecho una idea romántica de él como viajero, así que sentía su presencia como una especie de escudo, como si me blindara de algún modo. Vale, es un sentimiento arcaico, es fácil reírse del arquetipo del hombre cazador y la mujer protectora del hogar..., pero así nos veía. Los papeles masculino y femenino asignados al modo de nuestros ancestros.

(Ríe.) (Ríe mucho, a carcajadas. Cuando sofoca la risa, continúa.)

No me mires así. Mucha gente niega estos roles, pero es algo mucho más viejo que tú, mucho más anclado en nosotros de lo que crees.

¿Y él se sentía así?

Si se sentía cómo.

Índice

Elsa	9
Tina	71
Míster Vil y Yolanda	116
Wang	175
Harry	229
Jose	267
Elsa	307
Ella	312
Despedida	387
Un agradecimiento	389